

BENITO DE NURSIA, PATRONO DE TODA EUROPA

SU MENSAJE A LOS ARQUITECTOS DE LA CASA COMÚN EUROPEA

1. Benito, patrono de toda Europa

El sueño de una "Casa común europea" en la que las naciones y los pueblos, del Atlántico a los Urales y del Mediterráneo al Polo Norte, puedan vivir juntos como amigos bajo un mismo techo, ya no parece una utopía quimérica, sino más bien una opción política realizable, ampliamente aprobada en vastos medios y en todos los países.

Por ello, el aspecto que adquiere esta "Casa común europea" reviste gran importancia. ¿Qué ideales le darán nacimiento? ¿Qué fuerzas la harán crecer? ¿Qué valores le servirán de guía? A la luz de estos interrogantes quisiera hoy recordar con ustedes la figura de San Benito, a quien el Papa Pablo VI proclamó, hace justamente veinticinco años¹, el 24 de octubre de 1964, Patrono de toda Europa (¿Nos damos cuenta de que este XXV aniversario coincide con los grandes acontecimientos que han cambiado de forma tan radical la vida de los países de Europa central y oriental?). La homilía que el Papa pronunció en aquella ocasión en la iglesia nuevamente consagrada de Montecasino, culmina con un apasionado llamado a la paz:

Celebramos la paz. Nosotros queremos aquí marcar simbólicamente el epílogo de la guerra. ¡Dios quiera que este sea el fin de todas las guerras! Aquí deseamos forjar de las espadas azadones y de las lanzas podaderas (Is 2, 4). Que las inmensas energías empleadas por las armas para matar y destruir sirvan para vivificar y para construir. Para que esto sea así, queremos que renazca aquí en el perdón, la fraternidad de los hombres. Renunciando a la mentalidad que prepara la guerra en el odio, el orgullo y la envidia, queremos sustituirla por el empeño y la esperanza de la concordia y la colaboración. Queremos aquí preparar los espíritus para la paz cristiana, para la libertad y para el amor².

1. AAS, 56, 1964, 965-967.

2. *Ibid.*, 986.

2. El mensaje de Benito al mundo de hoy

Las razones que movieron al Papa a esta proclamación y las esperanzas que depositó en ella, nos dan respuesta a la siguiente pregunta: ¿Qué mensaje tiene Benito para entregarnos a nosotros, pueblos de hoy que deseamos construir la "Casa común europea"?

2.1 La paz

"Pacis nuntius – Mensajero de paz". Con estas palabras comienza el documento que contiene esta proclamación. Sabemos bien con cuánto cuidado son normalmente elegidas las primeras palabras de un documento papal. Ellas expresan, de manera concisa, el mensaje que el documento quiere transmitir. "Mensajero de paz": se da este título a un hombre que jamás, en toda su vida, ha estado comprometido en política. El Papa Gregorio Magno († 604), que nos cuenta la vida y los milagros de San Benito, solamente una vez hace referencia a un encuentro que, este hombre que había abandonado el mundo, tuvo con un gran personaje de su tiempo. Este acontecimiento pudo haber tenido lugar en la segunda mitad del año 546. Totila; Rey de los Godos, reinaba sobre una vasta parte de la península. Él había oído hablar de las hazañas de Benito y la curiosidad lo había llevado a Montecasino con el fin de encontrarse con él. Benito aprovechó la ocasión para interceder, ante este rey victorioso, en favor de los pueblos que más habían sufrido a causa de la guerra, la devastación y el robo. Con coraje intrépido, se dirigió a la conciencia del Rey: "Tú haces mucho mal, ya has hecho demasiado; cesa por fin en tus iniquidades". El Rey pareció haber tomado en serio este reproche. "A partir de aquel momento, fue menos cruel", dice el Papa Gregorio (*Djal.* II, 15). ¡Un éxito, al menos parcial!

Un monje indefenso vuelve a poner a un rey victorioso en el recto camino. La palabra profética demuestra su superioridad sobre las armas de los soldados. He aquí la obra pacífica de los indefensos, tanto ayer como hoy y en el futuro. No todos los hombres poderosos poseen la magnanimidad y la humildad del bárbaro Totila para aceptar tal crítica y permitir que se exprese semejante franqueza. La historia y nuestra propia experiencia, la de nuestro tiempo, nos ofrecen desgraciadamente abundantísimos ejemplos.

El Papa Gregorio nos cuenta otro hecho digno de mención. En las filas de un ejército victorioso siempre hay quienes aumentan el sufrimiento de los pueblos saqueando las casas y robando a los indefensos para enriquecerse ellos mismos. En el ejército de Totila había precisamente un bandido de esa

calaña de nombre Zalla que, un día, atacó y torturó a un granjero para quitarle su dinero. En su desesperación, el granjero confesó que lo había depositado en manos de Benito. El godo ató entonces al granjero y lo hizo caminar delante de sí para conducirlo al monje. Benito estaba sentado a la puerta del monasterio y leía. Cuando el godo le gritó que debía levantarse inmediatamente y entregarle el dinero que le había sido confiado, Benito lo miró con calma, sin levantarse. "Benito miró entonces a los ojos al granjero, que estaba amarrado. Cuando posó su mirada sobre ese pobre hombre —como nos dice Gregorio— las cuerdas que ataban sus brazos se desataron de manera milagrosa, con tal rapidez que ninguna mano humana lo hubiera podido hacer tan velozmente". Al ver esto, Zalla cayó temblando ante Benito y le pidió su oración. Benito lo hizo conducir al monasterio y le dio un trozo de pan bendito, signo de perdón y reconciliación. Cuando partía, le ordenó abiertamente que pusiera fin a su habitual crueldad (*Ibid.*, 31).

Siempre el mismo contraste: de un lado, el monje sumergido en la lectura espiritual, escuchando la palabra de Dios. No se deja ni intimidar por los gritos del bárbaro ni comprometer en la respuesta. Ni aun el peligro ante el que se encuentra lo priva de la paz del corazón. Por otra parte, el bandido, poseído por su deseo, no retrocede ante ningún acto de violencia, pronto a hacer cualquier cosa para enriquecerse, incluso empleando mal su poder, sin escrúpulo alguno. Lo que le hizo perder el dominio de sí y reflexionar, no fue sin duda el hecho de que las cuerdas se desataran milagrosamente. Esto podría haberlo impulsado a la acción inversa, o sea, al empleo de la fuerza contra Benito. Fue sobre todo la paz interior que irradiaba de este monje, la paz del corazón que emanaba de él y a la cual este hombre tan violento no pudo resistir. Bajó del caballo, se echó por tierra y, según Gregorio, "dobló su cerviz, rígida y cruel, a los pies del santo varón".

Lo que Benito manifiesta en estos dos incidentes es también lo que enseña en su *Regla para monjes*: "Busca la paz y síguela" (*RB* pról. 17). Cita este versículo del Salmo en el prólogo de su *Regla*, como elemento esencial e indispensable de su programa en el camino hacia la vida eterna. Solamente aquel que "sigue" la paz, que lucha sin cesar y activamente para poseerla en su propio corazón, que desenmascara sus exigencias egoístas, injustas, exageradas, se libera a sí mismo y así adquiere la paz; sólo él puede superar la envidia, la cólera, la venganza. Sólo tal hombre podrá vivir lo que Benito, siguiendo la enseñanza del Evangelio, pide a sus discípulos como fundamento de la vida cristiana y monástica:

No devolver mal por mal. No hacer injurias, sino soportar pacientemente las que se le hicieren. Amar a los enemigos. No maldecir a los que lo maldicen, sino más bien bendecirlos. Orar por los enemigos en el amor de Cristo. Reconciliarse

antes de la puesta del sol con quien se haya tenido alguna discordia (*id.*, 4,29-32.72-73).

La paz es posible solamente si los hombres están preparados para perdonarse unos a otros sin darse falsamente la paz (*id.*, 4,25), si cesan de insistir inflexiblemente en sus pretensiones y no devuelven ya más el mal por la ofensa recibida. Esto vale para la vida privada y no es menos verdadero en el concierto de las naciones a nivel internacional. Los antiguos romanos legaron a la posteridad esta máxima: "Si vis pacem para bellum - Si quieres la paz, prepara la guerra". Nosotros hemos aprendido hasta qué punto este principio es falso y cuán desastrosas son sus consecuencias. Debemos corregirlo. Debemos afirmar y proclamar más bien: "Si vis pacem para pacem - Si quieres la paz, prepara la paz".

La paz es posible pero no nos es servida en una bandeja. Ella tiene que ser objeto constante de esfuerzos y ser salvaguardada a pesar de múltiples dificultades, entre las cuales los numerosos egoísmos individuales y colectivos no son las menores. El hombre vive en paz cuando puede estructurar su vida de modo acorde y en armonía consigo mismo y con un orden generalmente reconocido y aprobado de valores y prioridades. Este orden, por una parte, impone obligaciones y límites. Pero, por otra parte, colocá las bases para el derecho y procura el espacio que requiere la libertad.

2.2 Justicia y solidaridad

Es verdad que para Benito esta paz no es posible sino donde reina la justicia. Justicia no significa ciertamente para él igualitarismo monótono y uniformidad indiferenciada. La justicia considera más bien las necesidades del individuo. Leemos en la *Regla de Benito*:

Está escrito: *Repartíase a cada uno de acuerdo a lo que necesitaba* (Hch 4, 35). No decimos con esto que haya acepción de personas, no lo permita Dios, sino consideración de las flaquezas. Por eso, el que necesita menos dé gracias a Dios y no se contriste; en cambio, el que necesita más humílese por su flaqueza y no se engra por la misericordia" (RB 34,1-5). El problema que concierne aquí al pequeño mundo de la vida monástica, ha tomado hoy una dimensión mundial a nivel del concierto de las naciones. Las diferencias en Europa entre el Norte y el Sur, y recientemente, entre el Oeste y el Este, suscitan para los responsables de la vida política y de la vida económica tareas casi insolubles. Las evidentes diferencias en el estándar de vida entre el hemisferio norte y el hemisferio sur, lo ocasionan aún más. Los principios experimentados que Benito establece para sus monjes ¿no podrían ser igualmente útiles para solucionar dificultades a escala mundial? No a la manera de un remedio universal aplicable a

problemas complejísimos – esto ciertamente no – sino como indicación de una dirección a tomar o, mejor aún, del espíritu con el cual las soluciones deben ser buscadas. Pero entonces resulta más claro que las medidas políticas, las reformas económicas y los cambios de estructura no llegarán ni construirán un mundo mejor, si no las precede la conversión radical del corazón y del espíritu.

Estos últimos años, en varios países de Europa occidental, ciertos partidos formados por ciudadanos no dispuestos a compartir su prosperidad con otros, como los más pobres, los refugiados o los que solicitan el derecho de asilo, han obtenido un notable éxito. Esto debería hacernos reflexionar a todos. Aquellos que defienden sus riquezas cueste lo que cueste, provocan la misma catástrofe que desean evitar. Pues cualquiera que hoy rehúsa justicia y solidaridad será mañana abatido y arrastrado por el poder de los acontecimientos históricos.

Bajo esta luz debemos ver lo que Benito dice a sus monjes acerca de la pobreza. Cada vez que Benito, en su *Regla*, habla de la pobreza y de los pobres, no piensa tanto en sus monjes como en aquellos que dependen de su ayuda. Él desea que sus monjes lleven una vida simple y modesta, con participación radical y común de la propiedad. Pero ante todo, desea que compartan con diligencia, no solo dentro de la comunidad, sino también fuera de la misma. En consecuencia, las obras de misericordia corporales y espirituales tienen un lugar importante entre las directivas que Benito ofrece a sus monjes en su itinerario: "Alegrar a los pobres. Vestir al desnudo. Visitar al enfermo. Sepultar al muerto. Socorrer al atribulado. Consolar al afligido" (*íd.*, 4,14-19).

Benito ve en la fe cristiana el fundamento de esta solidaridad, o sea, en el hecho de que encontramos a Cristo y lo servimos en todo hombre, pero especialmente en el pobre, el enfermo, el que sufre, el desamparado. *Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt 25, 40): Benito cita estas palabras de Jesús (*íd.*, 36,3) y otras sentencias en las cuales Cristo no solo expresa su solidaridad con el pobre y el extranjero, sino que también se identifica a sí mismo con ellos: *Estuve enfermo y me visitasteis* (*íd.*, 36, 2; Mt 25, 36). *Huésped fui y me recibisteis* (RB 53,2; Mt 25, 35).

Un episodio relatado también por el Papa Gregorio muestra hasta qué punto Benito tomaba en serio este deber de compartir. Había una gran hambre en el país, y hasta el granero del monasterio estaba casi vacío; alguien vino a pedir un poco de aceite. Benito ordenó que se le diera la jarra que contenía el resto del aceite. Pero el ecónomo se negó a obedecer este mandato. Cuando Benito lo supo, se indignó y ordenó que le trajeran la jarra y la arrojó por la ventana. La comunidad no tenía ya el derecho de utilizar

el aceite que había sido negado a quien lo había pedido. Gregorio dice más adelante que la jarra cayó de lo alto sobre las rocas pero no se rompió. Benito hizo traer la jarra y se la dio al hombre (*Diál.* II,28). Él se arrodilló en seguida con los hermanos para rezar y, mientras rezaban, un tonel vacío que estaba cerca de ellos apareció milagrosamente lleno de aceite (*ibíd.*, 29). Este relato con tintes legendarios trasmite, sin embargo algo cierto, a saber, que a aquellos que están prontos a compartir sus últimos bienes con quien aún es más pobre que ellos, jamás le faltará nada.

Es también bajo esta luz como Benito considera la recepción de los huéspedes que deben ser todos "recibidos como Cristo" (*RB* 53,1). Se trata sobre todo de los pobres, pues en ellos Cristo es acogido y recibido de modo particular, mientras que los ricos son capaces de arreglarse solos (*ibíd.*, 15)

En una carta colectiva publicada hace varios años, los obispos europeos han aplicado esta enseñanza a los problemas mundiales de nuestro tiempo:

Nosotros debemos estar dispuestos a compartir con los otros ahora más que nunca. Obrar como cristiano significa: renunciar a la sed de tener y al apetito de poder, estar disponible para los otros de manera desinteresada y sin esperar recompensa. Vivir como cristiano significa: vivir de tal manera que todos los otros puedan vivir³.

Estas frases respiran el verdadero espíritu de Benito.

2.3 Atención a la dignidad de cada persona

La justicia y la solidaridad presuponen a su vez atención al valor inviolable de cada persona, el respeto por todos los hombres. Benito parte ciertamente de la convicción de que nosotros debemos reverencia ante todo a Dios, Señor de toda la creación (*id.*, 20,1-2). Esta actitud inspira toda su *Regla*. Él sintetiza su pensamiento en este breve apotegma: "Amore Deum timeant—Teman a Dios con amor" (*id.*, 72,9). Pero asimismo, Benito exige que los monjes manifiesten entre ellos un verdadero amor fraterno (*ibíd.*, 8) y que sean los primeros en testimoniarse mutuo respeto (*id.*, 72,4). Insiste en el respeto debido a todos los hombres (*id.*, 4,8), sin excepción ni reservas. También el Papa Juan Pablo II, en un discurso pronunciado en su primera visita a la tumba de Benito en Montecasino en mayo de 1979, podía decir que la persona humana fue el principal interés de Benito: "el valor del individuo

3. 29-VI-1977.

en tanto que persona". Esta fue una de sus preocupaciones fundamentales en la redacción de la *Regla monástica* ⁴.

Decir esto nos puede sorprender, parece contradecir la opinión común que presenta a Benito como un hombre de orden. En efecto, Benito estima altamente el orden. Alrededor de cincuenta veces encontramos en la *Regla* la palabra "ordo" y expresiones similares. Pero, para él, este orden no consiste en pasar a todos por el mismo tamiz, o en medirlos según el mismo patrón. Para Benito se trata de construir un orden suficientemente flexible como para adaptarse a todos. La *Regla* obliga expresamente al abad a tener en cuenta las aptitudes y los límites de los individuos: debe disponer todas las cosas "de tal modo que los fuertes deseen más y los débiles no rehúyan" (c. 64,19). No ha de reducir a uno a la mediocridad ni deprimir a otro con expectativas demasiado exigentes. Benito une constantemente el orden a la *discretio*, madre de todas las virtudes (*ibid.*, 19), delimitando así un sano equilibrio y una medida que evita los dos extremos. El carácter humanitario es así asegurado y la tolerancia enseñada.

El capítulo 34 de la *Regla* es un modelo del orden comprendido de esta manera, y al mismo tiempo una obra maestra de verdadera sabiduría. En este capítulo, Benito establece que cada uno debe recibir según sus necesidades. Asimismo afirma: "No decimos con esto que haya acepción de personas, no lo permita Dios, sino consideración de las flaquezas".

En el capítulo 55 Benito vuelve otra vez al modelo de la primera comunidad cristiana de Jerusalén. Allí establece que cada uno debe tener los vestidos y útiles que necesita. Sin embargo, pone en guardia: "En consecuencia, atienda el abad a las flaquezas de los necesitados y no a la mala voluntad de los envidiosos" (20-21).

La gran atención prestada a cada miembro de la comunidad, la vigilante estima hacia cada uno de sus monjes que Benito espera del abad, testimonia de hecho que él se preocupa más por las personas que por el buen funcionamiento de la comunidad. Lo que se manifiesta también cuando habla del trabajo. No es el rendimiento lo que le importa en primer lugar (cf. c. 57, 7-9). En el centro de sus observaciones y disposiciones se encuentra más bien la persona humana. Los monjes deben vivir del trabajo de sus manos (c. 48, 8); y es gracias a la contribución de Benito y de sus monjes como Europa aprendió la dignidad del trabajo humano. Lo cual se debió mucho más a su ejemplo que a su predicación. Aunque "todo debe ser hecho con

4. AAS, 71, 1979, 623.

moderación en atención a los débiles", agrega Benito. Incluso los enfermos y los débiles deben hacer un trabajo adaptado a ellos, por temor a que lleguen a estar desocupados, pues "la ociosidad es enemiga del alma" (*ibíd.*, 24-25).

Por otra parte, su trabajo no debe convertirse en un peso que los oprima, exigiendo demasiado de ellos. "Tenga el abad consideración de la flaqueza de esos tales" (*ibíd.*). En nuestra sociedad, que tiene la tendencia a juzgar al trabajador únicamente por su rendimiento, colocándolo de esta manera marginado, esto aparece como una utopía un poco ingenua. Nuestra sociedad, con estos ejemplos, ¿no se beneficia con un modelo de vida más humana, con el modelo de una sociedad en la que los criterios decisivos no son la fuerza y el poder de los fuertes, sino más bien la preocupación por los débiles y el servicio de los desdichados?

En este punto como en otros, Benito y su *Regla* no pueden ofrecer una fórmula que valga en toda situación. Pero sí, pueden motivar algunas reflexiones que nos indiquen el buen camino en nuestra búsqueda de soluciones.

Benito espera de todos sus monjes que contribuyan, utilizando sus dones y talentos, a la construcción de su comunidad, que estén dispuestos a servir, a ayudarse, a comprender y a perdonar. Así, cada uno podrá a su vez contar con la comprensión, la atención y la ayuda de los otros y de la comunidad.

2.4 *Unidad en la diversidad*

Último punto. De esta alta consideración por cada uno se desprende en Benito otra enseñanza que quisiera poner de manifiesto: su comprensión de la unidad de la comunidad. Se trata de una unidad que no sólo tolera la diversidad de sus miembros, sino que más bien la presupone y la promueve. Salvaguardar la unidad de la comunidad monástica, promoverla y crearla siempre de nuevo es uno de los deberes más importantes del abad. Él no debe hacer ninguna distinción de personas en la comunidad. "No anteponga el hombre libre al que viene a la religión de condición servil... porque tanto el siervo como el libre, todos somos uno en Cristo" (*id.*, 2,16-20). El abad debe pues, dar testimonio de igual amor para con todos los monjes (*ibíd.*, 22). De esta manera, se eliminará la causa de toda discriminación racial o de clase.

Pero al mismo tiempo, Benito recuerda expresamente al abad la tarea

que él debe asumir: "y sepa qué difícil y ardua es la tarea que toma: regir almas y servir los temperamentos de muchos" (*id.*, 2, 41). Benito nos enseña a aceptar a una persona tal como es, con sus talentos y sus méritos, con sus límites y sus faltas (*id.*, 72, 5); que ella sea joven o anciana, sana o enferma, fuerte o débil, buena o cargada de faltas. Todos en el monasterio deben respetarse mutuamente, aceptar y soportar al otro. Benito construye su comunidad sobre este respeto y esta tolerancia mutuos.

La *Regla* ha sido escrita para una comunidad monástica. Pero ella es también viable para otras formas de vida social; aun para la sociedad de las naciones. La imagen ideal de una comunidad monástica descrita en el capítulo 72 de la *Regla* puede fácilmente trasladarse a ese nivel. La exigencia de Benito acerca del respeto y honor mutuos de los monjes, la tolerancia recíproca de las debilidades del cuerpo y del comportamiento (*id.*, 72, 4-5), significa, traspuesta, que debe haber comprensión hacia las particularidades de los otros pueblos y razas, que debemos estar atentos al valor de su cultura, que sus méritos deben ser reconocidos sin envidia, sus faltas soportadas con paciencia. La recomendación de Benito de que los monjes, con un amor desinteresado, piensen más en el bien de los otros que en el propio (*ibid.*, 7-8), significa que los pueblos y las naciones deben estar preocupados no solamente por sus propios intereses sino que deben también dar una ayuda desinteresada. Las grandes diferencias entre las naciones pobres y ricas serán así progresivamente superadas y un orden pacífico y duradero se construirá sobre la justicia y la solidaridad mundiales.

Benito y sus monjes han logrado realizar, a partir de la diversidad en la comunidad, una unidad plena de riquezas. Por la narración del Papa Gregorio Magno, sabemos que no solo los hijos de familias distinguidas de Roma fueron bienvenidos en el monasterio de Benito; sino también los descendientes de los bárbaros que habían invadido Italia (*Dial.* II, 3, 6). La *Regla* contiene instrucciones sobre la recepción de hijos de familias ricas así como también de pobres (c. 59). Esta vida común de hombres de diferentes estratos y talentos en una comunidad monástica, llegó a ser un modelo para el trabajo de numerosas generaciones de monjes benedictinos.

La nueva Europa será una Europa pluralista, incluyendo una variedad de lenguas, culturas y tradiciones. Aunque Europa no podrá jamás renegar de sus raíces cristianas, sin renegar de sí misma, los mismos cristianos divididos en diferentes confesiones han de vivir en esta Europa con judíos, musulmanes y miembros de otras religiones, como también con los sin religión y con aquellos que de hecho se declaran ateos. La libertad de conciencia y la libre práctica de las convicciones religiosas, así como la

tolerancia que deriva de ellas, han de constituir la piedra angular incontable de la Casa común europea. Yo creo que es importante subrayar esto a fin de evitar un posible malentendido. Hacer de Benito el patrono de Europa no tiene como finalidad volver a la Europa cristiana del Medioevo. Lo que es importante, sin embargo, es asegurar y transmitir a los siglos futuros los valores que se encuentran en la base de esta idea.

La Asamblea ecuménica europea *Paz y Justicia*, que se ha reunido hace un año en Basilea (15-21 de mayo de 1989), enumera en su documento final varios puntos que deberán ser tenidos en consideración para establecer algo así como una "regla doméstica" para la Casa común europea:

- "el principio de igualdad de todos aquellos que viven en ella, sean fuertes o débiles;
- el reconocimiento de valores tales como la libertad, la justicia, la tolerancia, la solidaridad, la participación;
- una actitud positiva hacia los seguidores de religiones, culturas y concepciones del mundo diferentes;
- puertas abiertas, ventanas abiertas, en otros términos, contactos personales, intercambio de ideas;
- el diálogo en lugar de la violencia como solución de los conflictos" (art. 67).

Finalmente, se dice que la "Casa europea deberá ser una 'casa abierta', un lugar de refugio y de protección, un puerto de acogida y de hospitalidad donde los huéspedes no sufrirán discriminación sino que serán tratados como miembros de la familia" (art. 68)⁵.

La mayoría de estas directrices podrían fácilmente ser tomadas de la *Regla de San Benito*. Aquellos que la conocen lo saben bien. Así, dirigir una mirada sobre Benito de Nursia no constituye un simple recuerdo histórico. Sino más bien, esto nos permite a nosotros tomar conciencia de que hoy nuestra tarea consiste en permitir a estos valores que recibimos hace mucho tiempo, que sean vivos y eficaces. Europa, una Europa unida en la aceptación común de valores fundamentales no es una invención del s. XX que termina. La idea ha existido y floreció mucho antes de que las naciones-estados hayan quebrado esta unidad y arrojado a los pueblos europeos hacia antagonismos fratricidas.

He aquí una paradoja: Benito, que quiso huir de la agitación del mundo

5. *Doc. Cath.*, n. 1989: 86, 1989, 752.

y retirarse a la soledad, ha llegado a ser, sin desearlo ni siquiera preverlo, el "effector unitatis", como lo llama Pablo VI, uno de los grandes arquitectos de la unidad europea. Él vivió en aquel pequeño mundo de la Umbría y del Lacio. No soñó jamás en fundar una orden que se expandiera por todo el mundo. Sin embargo, su *Regla* posee en sí misma una fuerza significativa fundamental para una Europa unida en el espíritu cristiano.

El compromiso de Benito, de palabra y de obra, por la justicia y la paz, su convicción profunda de la dignidad inviolable de cada uno, independientemente de su estado, de su pasado, de su lengua y de su raza, su aprecio por lo que es humano, su sentido racional del equilibrio y de la moderación que evita todo extremo y – no es este su aporte menor – el papel importante que sus monjes han desempeñado en la conversión de Europa a la fe cristiana, todo esto movió a Pablo VI a colocar bajo la protección especial de este Santo los grandes esfuerzos desplegados en vistas a construir una nueva Europa.

Los acontecimientos de los últimos meses nos han recordado que Europa no se identifica con las estructuras políticas ya existentes en Europa occidental. El Papa Pablo VI proclamó a Benito patrono de toda Europa. Juan Pablo II, el primer eslavo que accede al trono papal, no cesa jamás de decir que toda Europa debe "respirar con los dos pulmones", es decir, que ella debe abrazar el Este y el Oeste. Poco después del inicio de su pontificado, proclamó a los hermanos Cirilo y Metodio, ya venerados como apóstoles de los eslavos, co-patronos de Europa junto con Benito⁶.

La invocación de Benito como patrono de toda Europa es la expresión de una oración y de una esperanza: que pueda surgir una Europa unida en la paz, después de las terribles guerras y de las brutales divisiones que le fueron impuestas. ¡Que por medio de sus posibilidades económicas, pero mucho más por sus valores humanos y cristianos, ella pueda comprender y aceptar su responsabilidad de contribuir a la construcción de un mundo mejor, de una "civilización del amor" (Pablo VI) que se expanda por todos los continentes!

Badia Primaziale Sant'Anselmo
Piazza Cavalieri di Malta, 5
I - 00153 Roma
Italia

Victor DAMMERTZ, osb
Abad Primado

6. 31-XII-1980: AAS, 73, 1981, 258-262.